

## ESCORZO EN EL AIRE

Siphonáptera era un huésped sin importancia, apenas un insecto minúsculo de sólo dos milímetros, de un bello color parduzco, con un cuerpo chato y delgado que le permitía desplazarse con facilidad. Le gustaba frotar entre sí incansablemente sus dos patas delanteras, colocadas estratégicamente para proteger los tubos succionadores de su boca. Las de atrás, elegantes, longilíneas, estaban admirablemente adaptadas para el salto, ejercicio que realizaba continuamente, a veces sin sentido, por la pura emoción de saltar, cosa que en alguna ocasión le había proporcionado algún pequeño susto. Ésa era su pasión absoluta: después de múltiples ensayos había conseguido alcanzar en un brinco vertical una altura de 18 cm. y más de 30 en dirección horizontal. Su cuerpo acerado, pulido, resistente a las adversidades y al hambre, era capaz de soportar el más virulento de los rascados, tanto si provenía de la pezuña grosera de un animal como de la manipulación angustiosa del hombre.

Sobre la solapa de Celedonio Ascacíbar, a la que acababa de caer después de un salto violento, Siphonáptera se balanceaba al sol de la mañana deseando que su agradable existencia fuese muy, muy dilatada.

Ascacíbar, uno de los socios fundadores de *La Maquinista Terrestre y Marítima*, sociedad anónima ubicada en Barcelona a la que el Gobierno concedía las obras de más dificultad de la España sudorosa y burguesa de finales del siglo XIX, había venido desde Barcelona para vigilar el desarrollo de la espléndida construcción proyectada por el arquitecto Fermín Manso de Zúñiga. Once tramos de treinta metros, ocho por encima del Ebro: el Puente de Hierro. ¡Ésa sí que era una obra soberbia! Los pilares circulares que la

sujetaban, de más de doce metros y medio de altura, también debían ser recubiertos de hierro. ¡Una obra moderna!

–El progreso, amigo mío... ¡Una obra del futuro!

Félix Montes, empleado de la Compañía, asentía en silencio. Él era el encargado de impartir a los obreros las órdenes efectivas para que el monstruo de hierro, o mejor dicho, el prodigio de la modernidad, acabase de tomar cuerpo sobre el caudaloso río Ebro a su paso por Logroño.

–Ha sido el propio Sagasta el que ha gestionado la construcción –continuaba Ascacíbar por lo bajo– ¡Cuánto le debe esta tierra a don Práxedes!

Siphonáptera, ajena a la portentosa maravilla nacida del esfuerzo del hombre, frotaba con fruición sus patas delanteras, pero, antes de que la mano de uñas cuidadas de Ascacíbar le rozase en movimiento involuntario, dio un salto prodigioso y cayó sobre la cabeza del encargado que, siguiendo las órdenes del maestro, comenzó a dirigirse a grandes zancadas hasta el grupo de trabajadores más cercano.

–Once tramos de treinta metros: trescientos treinta metros de una parte a la otra... Y el agua, bailando en el fondo...

El grupo de operarios abrió el círculo al acercarse el encargado. Casi todos habían venido de Barcelona, pero alguno se había empleado en el lugar. Un chiquillo de unos doce años se movía presuroso de un grupo a otro para cumplir pequeños recados. Félix, malhumorado, preguntó:

–¿Quién lo ha contratado? No quiero personal que yo no haya previsto...

Uno de los de Logroño se adelantó:

–No le ha contratado nadie... Vino a pedir limosna... Es hijo de viuda y sólo nos ayuda por la voluntad –y le gritó al muchacho para que se acercara–. Manuel, dice el señor Montes que tienes que irte a tu casa.

Manuel se acercó apresuradamente, escondiendo un bulto bajo la chaqueta, la gorra mugrienta en la mano y un gesto de susto curvando la boca.

–Señor... Yo sólo quiero ayudar... Por la voluntad... Puedo encender las hogueras, o llevar agua al herrero, o cualquier otra...

Félix Montes escuchó las palabras del chico y adivinó la súplica en los ojos. Sin que nadie lo aclarase, conocía el fondo del pensamiento del muchacho: “Y en mi casa nos morimos de hambre”. Asintió con la cabeza y suspiró con gesto malhumorado:

–Por tres días y con sueldo de aprendiz... Ponte a las órdenes de Eduard Giralt...

Manuel agradeció con la sonrisa y salió disparado con la compañía inesperada de Siphonáptera hasta uno de los grupos que le había encargado traer de la taberna un cuartillo de vino. Allí entregó el bulto y, sin detenerse a tomar resuello, salió de nuevo disparado a presentarse a Giralt.

Eduard Giralt, un viejo de más de sesenta años, hacía ya tiempo que debía haber dejado de trabajar. Las rodillas le dolían todos los días y no quería ni recordar aquella época en que le atenazaba el lumbago.

–¡Malditos años! –rezongaba con frecuencia.

Él, que se había jactado durante toda su vida de una asombrosa fortaleza física, no podía soportar la juventud de los nuevos. Por eso, cuando se le acercaba Manuel, no consiguió reprimir un gesto amargo de laceración que le trajo la envidia.

–Mira, chaval, la primera propina –y le lanzó hacia arriba, con rabia, una moneda pequeña.

Manuel, agudizada la vista por el ansia de una necesidad de muchos días, no perdió la sonrisa mientras la cazaba con una cabriola en el aire, casi un vuelo de sus piernas delgadas. A la caída en el suelo, la polvareda del taconazo salpicó de motas sus piernas desnudas, largas y fuertes, hechas como para el salto. Siphonáptera, que se había sentido lanzar en el aire, esta vez empujada por la palanca de las extremidades de otro, y bajaba de

nuevo hacia el suelo, en un acceso de mímesis, dio a su vez otro bote y cayó sobre la camisa de Giralt.

—¡Más difícil todavía! —el capataz le lanzó al aire otra pequeña moneda que obligó al chico a brincar sobre un cúmulo de hierros amontonados en el suelo, y rió por su broma de mal gusto— Cuidado de no romperte una pierna... No podrías trabajar...

Las piezas venían desde Barcelona en trozos de cinco metros, sujetas con pernos provisionales, y sólo en el lugar de la ubicación definitiva habían de ensamblarse con remaches. Esa grandiosa obra de ingeniería, proyectada por un arquitecto local, iba a suponer el prodigio de aunar, en un solo cuerpo poderoso y resistente, más de mil toneladas de hierro. Eduard Giralt reflexionaba sobre la marcha de la construcción: miraba los tramos de hierro dispersos, las hogueras donde se fraguaba la unión entre ellos, los pilares circulares de más de doce metros de altura, que emergían del agua y que habrían de sujetar sobre el abismo la mole de la pasarela... La industria del hombre iba a ser capaz de rebelarse contra las leyes de la naturaleza y un ingenio asombroso, construido con hierro y con fuego, llegaría a burlar el principio de la gravedad para unir las dos partes de tierra que la fuerza del agua había separado. “El progreso”, como acostumbraba a decir Celedonio Ascacíbar, eso era el progreso.

Una parte de los trabajadores, en perfecto orden organizado, continuaba su labor en la orilla preparando las piezas, mientras otros tantos extendían sobre los pilares anclados en el Ebro, peldaño a peldaño, la plataforma de hierro entre las dos orillas. Giralt, agudizando la vista, medía desde un extremo en la tierra el avance de la serpiente metálica, que se alargaba sobre el vacío en un escorzo aéreo por querer alcanzar la otra margen. Siphonáptera había despreciado la solapa del viejo y había caído sobre un robusto herrero sudoroso, desde donde había vuelto a saltar a otro joven que la había entregado a una chica que le acababa de hacer llegar su comida. La muchacha, de vuelta, la perdió de camino en un perro que husmeaba tras unos matorrales, el cual la transportó hasta la mujer vestida de

negro con el pañuelo de flores anudado a la cabeza, que llevaba un cesto con ropa lavada. Abrumada por el olor del jabón, Siphonáptera volvió a saltar al camino a esperar otra compañía más adecuada.

Mientras tanto, Manuel conseguía más propinas y se jactaba de ser capaz de atraparlas saltando en el aire desde cualquier lugar escarpado: junto a la orilla del agua, desde la rama de un árbol, entre las vigas de hierro, en la pasarela del puente... La vida, que nacía en los músculos y tendones del chico, quería cobrar su ración de alimento para apaciguar el estómago hambriento que había de alimentar la sangre que regaría de nuevo a la vida, en un círculo sin fin.

Once tramos de treinta metros: trescientos treinta metros de una parte a la otra, mil toneladas de hierro y más de medio millón de pesetas. La construcción portentosa del hombre seguía creciendo, con sudor e inteligencia, con ingenio y trabajo, de modo que el año 1882 se recordaría en Logroño como el que, por fin, diera paso a la modernidad.

Giralt seguía con sus cábalas y, ante sus ojos, los tramos de hierro bailaban como si se hubiesen desprendido de su peso tremendo y adquirirían un perfil de quimera fabulosa y etérea. A él también le hubiera gustado olvidarse de sus años, liberarse del tiempo vivido y alejar el dolor de las articulaciones retorcidas y los huesos macerados. Si sólo existiera el mundo de las ideas, si sólo se viviese en la mente, él sería capaz de invenciones asombrosas. Él solo se sentía preparado como para idear un prodigio admirable, que aventajase sin duda al artefacto del Puente de Hierro. Con la mano sujetando la mejilla rasposa, Giralt elucubraba sobre increíbles ingenios: castillos en el aire que se mantenían por obra y gracia de una pura acrobacia mental.

Mientras tanto, Siphonáptera había vuelto a su hospedaje preferido: la cabeza de Manuel, que se balanceaba incansable entre la carrera y la risa. Ahora, a sus recién adquiridas obligaciones laborales, había añadido por su propia cuenta una nueva, bastante bien remunerada, que consistía en hacer reír a los peones y a los herreros con sus piruetas y

sus cabriolas. Su alma de niño buscaba la atención y el afecto de los mayores, que se divertían con encargos atrevidos y le felicitaban por la ligereza en el cumplimiento de la misión imposible. Justo en ese instante volvía de recoger una herramienta desde el borde mismo del abismo y caminaba ligero por el extremo resbaladizo de la pieza más alejada en la pasarela de hierro.

Giralt no pudo evitar un desafío imprudente y lanzó sobre su cabeza la moneda de real que estaba acariciando en el fondo del bolsillo:

—¡Eh, chaval! Prueba con ésta.

Un real. Toda una fortuna para el chico.

Las piernas de Manuel eran dos palancas flexibles y duras, que se plegaban de maravilla a las órdenes del cerebro cuando exigía la emoción de saltar. Un brinco hacia arriba y pasión absoluta por flotar en la nada. Siphonáptera no podía contar con un aliado más atrevido.

Manuel ascendió por el aire hasta atrapar la moneda y quedó allí suspendido, colgado contra el horizonte de la tarde, desafiando el curso del agua que se atropellaba en el fondo del cauce. Por un instante quedó congelado el transcurso del tiempo mientras manoteaba contra el viento como un volatín que se desbarata. El cielo era plácido y la tarde tranquila trenzaba el sonido del agua con el de las herramientas de los trabajadores en la orilla.

Manuel, desde su atalaya aérea, había visto en su ascensión, arriba, el cielo azul, tachonado de nubes. Ahora, mientras manoteaba en el aire, el tramo del Puente de Hierro que antes quedaba a sus pies aparecía volado a la altura de sus ojos como una escalera gigante que llega desde el suelo hasta lo alto, como el escorzo de una obra dibujada por el viento. Allá, al comienzo de la línea recta construida por jalones de hierro, vio Manuel al capataz, que le observaba apoyando en una mano la cara.

Y eso mismo fue lo que, milagrosamente, vio también Eduard Giralt: la escala mágica y gigante, la línea recta de rieles metálicos que llega desde la tierra hasta el cielo. Esa era la idea. ¡Una torre gigante, enorme, altísima! Once tramos de treinta metros: trescientos treinta metros de una parte a la otra, pero hacia arriba. ¡Hacia arriba! ¡Desde la cima casi, casi, se podría contemplar el mundo!

Manuel cayó al fondo, justo en medio del Ebro. No se pudo hacer nada. La corriente caudalosa engulló su presa liviana sin apenas esfuerzo y siguió rauda hacia el mar: apenas era un bulto ligero, un cuerpo de niño zarandeado por la fuerza del agua, una brizna de la nada, una pulga.

Muchos lamentaron con lloros el accidente luctuoso e incluso recaudaron una limosna para consolar a la madre. El hijo de la viuda ya no volvería a saltar.

\*\*\*

El Puente de Hierro, cuyo proyecto se había aprobado en octubre de 1881, se concluyó con todo éxito en el plazo previsto y fue inaugurado con el nombre de *Puente de Sagasta* el 18 de diciembre de 1882, en la Fiesta de la Virgen de la Esperanza, patrona de Logroño. La prensa riojana no fue parca en alabanzas a esta nueva construcción y destacó tanto su utilidad para acceder al cementerio como su necesidad a la hora de ampliar las comunicaciones terrestres, cosa que, indudablemente, redundaría en una mayor prosperidad para la ciudad. Pero sobre todo (¡sobre todo!) el nuevo puente merecía el calificativo de obra emblemática, ya que significaba un salto a la modernidad: el material utilizado era algo absolutamente novedoso, que sólo compartía con unas pocas construcciones de vanguardia en el mundo entero.

Por un misterioso y extraño azar, unos pocos años más tarde, también se utilizó una estructura de hierro fundido para edificar la famosa Torre Eiffel, inaugurada oficialmente

el 31 de marzo de 1889 en la presentación de la Exposición Universal de París, y a la que, curiosamente, todo el mundo nombraba como la *Torre de 330 metros*... Algunos cuentan que un loco, un tal Eduard Giralt, se había presentado ante el arquitecto Stephen Sauvestre y los diseñadores Maurice Koechlin y Émile Nouguier, prestigiosos ingenieros de la *Compañía Eiffel & Co*, con un proyecto bajo el brazo que reproducía el escorzo imposible de una construcción de más de trescientos metros de altura, una especie de escalera metálica que subía hacia el cielo. Y que siguió a pie de obra la construcción de la famosa Torre, insistiendo empeinadamente, ante curiosos y expertos que la visitaban, en que era suya la paternidad de la idea, para lo cual desplegaba un enorme cartapacio de esquemas, cálculos y dibujos embarullados e ininteligibles. Nadie llegó a tomárselo en serio y se dice que murió en la soledad atormentada de un manicomio...

La Torre Eiffel de París fue construida en dos años, dos meses y cinco días. Para algunos arquitectos contemporáneos, sólo se trataba de un espantoso *monstruo de hierro*. Situada en el extremo del Campo de Marte, a orillas del río Sena, muy pronto se convirtió en uno de los símbolos de Francia y de su capital. Su estructura de tres plantas, prolongada posteriormente con una antena de 25 metros, gozó durante más de 40 años del prestigio de ser el edificio más elevado del mundo. Entre los tramos de su compleja estructura, todavía deambula errático el espíritu de Eduard Giralt, que entrevió en el Puente de Hierro de Logroño sobre el río Ebro aquel escorzo aéreo de 330 metros...